

No obstante, nuestra curiosidad no queda plenamente satisfecha. Echamos de menos la bibliografía sobre el personaje y su obra. Quisiéramos conocer mejor al sabio, al científico, ya que la biografía contiene numerosos datos sobre su dimensión humana y sacerdotal. En 1966 sus libros, folletos y artículos de revista sumaban 248 títulos, y todavía continuó escribiendo. Esta vasta producción ¿qué aportó de nuevo a la prehistoria y a la etnografía vasconavarra? ¿Cuáles fueron sus obras más representativas, las que más impacto produjeron y más difusión alcanzaron? Esperamos que el A. en la tercera edición complete la información sobre estos puntos, que contribuirán a que el patriarca de la cultura vasca sea mejor conocido y valorado.

José GOÑI GAZTAMBIDE

Leonardo POLO, *Presente y futuro del hombre*, Rialp, Madrid 1993, 208 pp., 16 x 23,5.

Nos encontramos con un libro de filosofía denso. De los que deben leerse. Ricardo Yepes, en su labor de divulgación de la filosofía de Leonardo Polo, ha editado esta obra que recopila siete trabajos de su maestro: algunos, condensación de conferencias o remodelados a partir de una publicación anterior; otros, originales.

A pesar del origen heterogéneo de los trabajos, tras su reelaboración para este libro, el conjunto resulta coherente: una visión del pensamiento a lo largo de la historia. Polo, partiendo de los clásicos (y, en especial, de Aristóteles), llega a nuestros días, y termina esbozando una vía de futuro para el filosofar.

No se trata de una historia de la filosofía, sino de una reflexión de madurez de un filósofo, que da por supuestos numerosos conocimientos y familiaridades en el lector: podrán aprovechar plenamente esta obra los licenciados en filosofía, que tengan una amplia visión de la historia del pensamiento. El libro, al hilo de esta reflexión sobre la historia del pensamiento, va mirando la vida humana y sus principales coordenadas en las épocas que estudia. Resulta así una visión original que integra las ideas a lo largo de la historia y sus repercusiones para el hombre. El autor, con una visión aguda, viene a mostrar cómo la vida humana no es extraña a la teoría, sino que se encuentra impregnada por ella.

El historiador podrá ver este enfoque demasiado teórico: desde su punto de vista, sería necesario comprobar cómo casan en las distintas épocas

las ideas con la vida; la influencia de las obras de éste o de aquel otro autor; los ámbitos donde repercuten las ideas nacientes. Y, en efecto, Polo no parte de observaciones puntuales para extraer el *quid* de cada época; da esas observaciones por supuestas; como filósofo, no niega la pertinencia del estudio histórico, pero se limita a mirar la historia ya elaborada desde una perspectiva filosófica o teórica: pretende alcanzar lo permanente e indicativo de cada época, lo que subyace al desarrollo polimórfico de las acciones humanas. El resultado es de enorme coherencia, debida en gran parte al punto de mira que ha adoptado: antes de realizar un análisis del pensamiento en cada época, Polo ha revisado el método filosófico, y ha obtenido como resultado una depuración del filosofar clásico.

La obra comienza, por tanto, con una reivindicación de la visión clásica del mundo. O, mejor, con una reivindicación de los presupuestos que subyacen a la mirada de los clásicos. No es un intento de resucitar épocas históricas pasadas, sino de encontrar en ellas esa lección permanente que se puede aprovechar hoy. El resultado es una reivindicación de la inteligencia frente al mito como causa fundante del vivir humano. Porque Polo insiste, a todo lo largo de su obra, en la necesidad de una adecuada confianza en la inteligencia para poder desarrollar un pensamiento que no termine traicionando la vida humana y la convierta precisamente en inhumana, sea por déficit de racionalidad, sea por exceso.

Pero simultáneamente con esa reivindicación, el autor advierte un aspecto que los griegos no pudieron conocer: el complemento necesario a una consideración justa de la inteligencia humana es la Redención. Lo que el hombre puede llegar a ser gracias a su inteligencia lo alcanza con fuerzas recibidas, con la gracia, que se apoya sobre la inteligencia natural. Sus esfuerzos en el primer capítulo muestran que el cristianismo es lo más opuesto al mito; no puede haber una explicación coherente de la vida cristiana si no se aceptan simultáneamente los dos factores: actividad inmanente y personal de la inteligencia y fundamentación en presente de esa acción con forma de redención.

Los siguientes capítulos muestran (siempre desde el punto de vista del análisis filosófico, teórico) las distintas vicisitudes que han ocurrido a lo largo de la historia del pensamiento con este punto básico de la filosofía. Polo se centra en dos épocas cumbre, una, la filosofía medieval y otra el idealismo. En la primera encuentra las dificultades del cristianismo para asimilar la confianza enorme del aristotelismo en la inteligencia humana. Tras la unión que establece Tomás de Aquino entre fe y razón aristotélica, los planteamientos cambian, y se deja de tener confianza en la operación de entender. Las distintas respuestas que fueron llegando sucesivamente so-

bre el estatuto de la inteligencia, por inadecuadas, no han permitido una teoría ajustada sobre el vivir humano y, a la postre, han tenido repercusiones negativas.

En su análisis histórico, después de haber examinado las raíces de la inspiración clásica, Polo parte de la primera desviación que conecta con nuestra época. Concretamente, muestra la salida que Escoto proporcionó al choque entre la mentalidad medieval y el aristotelismo, con su peculiar acento en la supremacía de la voluntad con desdoro de la inteligencia. A partir de ese punto va examinando cómo se desarrolló el germen escotista en épocas sucesivas, hasta llegar a otro gran momento en que la filosofía se planteó de nuevo, con gran seriedad, el problema global, la explicación teórica del mundo: el idealismo. En él encuentra un intento de resucitar el papel de la inteligencia que, por desgracia, por un error de planteamiento, no consiguió resolver los problemas planteados desde la Edad media, sino que los agudizó. Los desarrollos filosóficos posteriores —romanticismo, voluntarismo nietzscheano, el moderno desatarse de la afectividad, entre otros—, no hacen sino volver a replantear el problema sobre bases equivocadas, sin aportar realmente soluciones filosóficas que puedan llamarse nuevas. Los comentarios de Polo a cada una de las corrientes filosóficas modernas y contemporáneas ayudan a situarlas en su marco eidético, y a tomar un distanciamiento crítico, muchas veces difícil de adquirir. Vistas las cosas desde este insólito punto de vista, resulta un placer ver desarrollarse la historia de las ideas recientes como intentos de salir de una trampa, sin tener acceso a las llaves que permiten abrirla, aceptando en mayor o menor medida los reduccionismos que han conducido a ella.

Pero su obra, tal como apunta el título, no es sólo una visión del estado de las ideas en nuestra época —realizado junto con una visión retrospectiva que ayuda a ponerlas en su contexto—. Es también un apuntar salidas o soluciones al filosofar contemporáneo que no induzcan los problemas que actualmente vemos a nuestro alrededor, indudablemente conexos con una teoría errónea del mundo. Su oferta para salir de las dificultades —obturación, como gusta llamar— del pensamiento actual consiste en la reconstrucción del método filosófico, volviendo a la inspiración —no tanto a las soluciones concretas— de los clásicos, y devolver su consistencia a la teoría y al fundamento que permite el pleno actuar humano redimido.

Su propuesta es el «abandono del límite mental», es decir, estudiar la realidad sin considerar que los objetos de nuestro pensamiento son lo único real. Esto significa que el conocimiento no puede ser especulación, es decir, reflejo de objetos extrínsecos —tal como pensaba Escoto—, sino

que es actividad del que conoce: la recuperación del acto inmanente es un paso básico para la salida a los problemas del filosofar moderno.

Pero si la filosofía no versa sobre objetos, ¿qué estudia? Según Polo, el filósofo debe hacerse consciente de la insuficiencia de las nociones objetivas y saltar más allá de ellas para hacer teoría. Cuando este salto se da hacia el exterior, aparece el estudio de la esencia y del ser de las cosas: la física y la metafísica, tal como las entendía Aristóteles. Pero su aportación más original consiste en darse cuenta de que el estudio del hombre «desde fuera», como si fuera una cosa más, es decir, hacer física o metafísica del hombre, deja sin estudiar aspectos de la vida humana que son cruciales para entender adecuadamente su vivir. Y, recordémoslo, sin una teoría adecuada sobre el hombre, es imposible que aparezca un vivir humano que sea plenamente humano.

El salto desde lo objetivo hacia el interior del hombre es lo que Polo llama antropología trascendental. Su objeto es el estudio del ser y de la esencia del hombre. Con esta propuesta, Polo no pretende desacreditar la filosofía clásica. De hecho, encuentra antecedentes de su modo de enfocar el estudio del hombre. No oculta que su fuente de inspiración en este volverse hacia el interior del hombre ha sido precisamente la filosofía idealista; en esta filosofía, la idea inicial era buena: volver la mirada al interior del hombre; pero siguió cometiendo el error de buscar en él solamente realidades quiditativas, y no encontró una salida auténtica.

Leyendo sus reflexiones antropológicas, aparte de los antecedentes filosóficos que aporta, vienen a la cabeza con facilidad estudios existencialistas; vivencias cotidianas; el hombre real, en suma: no trata de corregir la plana a los clásicos, sino retomar el espíritu clásico y volver a darle un nuevo impulso gracias a un replanteamiento del método filosófico. Polo ha analizado y sistematizado de modo plenamente coherente los fundamentos del edificio filosófico y ha encontrado la salida a la obturación actual.

Es al final del libro cuando Polo realiza su propuesta. Es la primera vez que aparece una exposición breve y clara (dentro de la densidad que el tema requiere) del pensamiento filosófico de Polo. Es un método filosófico que supone una vuelta renovada a los clásicos, tras un estudio de los fundamentos del filosofar. Este esbozo sería insuficiente sin una remisión a sus otras obras publicadas: un apéndice viene a indicar dónde se encuentran más extensas las ideas que el autor vierte aquí resumidas: *El ser y El acceso al ser*, los tres volúmenes publicados de *Curso de teoría del conoci-*

miento, su reciente *¿Quién es el hombre?*, así como artículos y proyectos inmediatos de publicación.

Antonio PARDO

Andreas LAUN, *La conciencia*, Barcelona 1993, «Ediciones Internacionales Universitarias, S. A.», 114 pp., 17 x 24.

No es frecuente encontrar obras que ataquen problemas profundos y puntuales, pero de enorme repercusión. Una de ellas es la de Andreas Laun, que ahora nos ocupa, y que afronta derechamente la cuestión de la autonomía como fundamento de la conducta moral. Aunque se dedica a estudiar el papel de la autonomía dentro de la teología moral contemporánea, no cabe duda de que su análisis resulta sumamente esclarecedor para otros enfoques éticos: es difícil encontrar, por ejemplo, alguna obra de bioética estadounidense que no haga una referencia explícita y constante a la autonomía como cuestión primordial, por desgracia sin entretenerse en explicar qué es, o el porqué de su importancia. Y las obras que intentan explicar la cuestión dentro de ese ámbito suelen quedarse en una lamentable superficialidad.

La obra se estructura en dos partes. Una primera, dedicada a analizar las obras de teología moral que, en tiempos recientes, consideran la autonomía de la conciencia como un elemento capital para explicar el obrar moral. La segunda, sin abandonar el diálogo con la teología contemporánea, se dedica a examinar el modo en que esa «autonomía» de la conciencia establece sus relaciones con el Magisterio o, en general, con una orientación moral externa generadora de lo que a veces se llama «heteronomía».

El problema de la autonomía surge con la Ilustración. Desde el momento en que el proyecto ilustrado intenta el dominio del mundo por medio de la técnica, sucede un cambio en el modo de concebir la ética. Clásicamente, ésta es el estudio científico de la conducta humana que se realiza con el método filosófico y, por tanto, se encuentra integrada con el resto del estudio filosófico de la realidad. Cuando la modernidad esgrime el método hipotético-deductivo, con su hincapié en lo empírico, como único para acercarse al estudio del mundo, el estudio de la ética —y el del hombre en general— quedan desintegrados del estudio de lo natural.

El único modo de considerar lo ético a partir de ese momento —siempre que se quiera conservar un estatuto auténticamente intelectual para la